

NOTAS

POLITICA E INTELECTUALES EN GALICIA. LA TAREA DE LAS MINORIAS

Por FRANCISCO J. BOBILLO

La mayor parte de los estudiosos de la política gallega del presente siglo acostumbran a referirse, con infrecuente coincidencia, a los componentes de las *Irmandades da Fala* como «grupo de intelectuales de origen pequeño-burgués y de procedencia urbana». Tal denominación, convertida ya en tópico, ha pasado a ser aceptada unánimemente por la comodidad que, desde una vulgar concepción nacionalista-marxista, facilita la explicación del relativo fracaso del grupo citado: si eran pequeño-burgueses no podían interpretar correctamente los intereses de la clase trabajadora que, además, al ser mayoritariamente campesina, estaba alejada de la problemática urbana. Una serie de notas apoyan parcialmente tal hipótesis; no obstante, la misma no puede admitirse de modo mecánico, pues otros muchos hechos contribuyen a refutarla. Todo tópico constituye, a menudo, una verdad a medias. O, lo que es lo mismo, una parcial falsedad.

La tarea de las minorías intelectuales en la elaboración y difusión de las ideologías nacionalistas ha sido estudiada por cuantos han reflexionado acerca de los orígenes del fenómeno nacional. Azkin, por ejemplo, indica que «en la difusión de las ideologías es sumamente importante la influencia de las minorías selectas y, por consiguiente, el crecimiento del nacionalismo, también, puede encontrarse en una gran medida, rastreándolo hasta la influencia de aquellas minorías refinadas, que, habiendo sido ellas mismas atraídas a los valores nacionalistas, pudieran extenderlos entre grupos más grandes» (1).

En cierto modo, así ocurrió en Galicia durante los siglos XIX y XX. Un grupo reducido de intelectuales, impregnado de un no siempre difuso carác-

(1) B. AZKIN: *Estado y nación*, México, 1968, págs. 73-75.

ter mesiánico, asume la función de difundir la nueva doctrina, definir los postulados concretos, y aglutinar en torno a sí a los nuevos adeptos. Pero incluso aceptando, siquiera parcialmente, tales supuestos, conviene, al propio tiempo, referirse a cuál era la especificidad del grupo intelectual gallego, qué lo diferenciaba de sus homónimos madrileños y hasta qué punto es posible admitir la identificación con el paradigma del intelectual crítico, radical frente al sistema, que merced a su capacidad y autoridad moral puede convertirse en simbólico adelantado de una nueva ideología.

Cabe, en primer lugar, referirse a la propia tipología intelectual, pues la distinción entre *homo faber* y *homo sapiens* no resulta por completo satisfactoria. Gramsci indicaba que, al distinguir entre intelectuales y no intelectuales, en realidad se está haciendo referencia a la inmediata función social de la categoría profesional intelectual. La búsqueda de un criterio satisfactorio para caracterizar toda la diversa actividad intelectual y diferenciar la misma de la realizada por otros grupos sociales no ofrece resultados convincentes. Es, en este sentido, en el que Gramsci diría que «tutti gli uomini sono intellettuali, si potreste dire perciò; ma non tutti gli uomini hanno nella società la funzione di intellettuali» (2).

Pero antes de ver cuál es la «función de intelectuales» que ciertos individuos desempeñan en la sociedad, lo que se desprende inmediatamente de esos supuestos es la necesidad previa de vincular a los intelectuales a una determinada sociedad y a una determinada cultura. Tal criterio expresado por Bodin (3) con gran rigor, enlaza, a partir de la conocida formulación de J. Benda y su «trahison des clercs», con toda una corriente de pensamiento que, comprendiendo cuál es el rol político de determinados intelectuales, como legitimadores o como innovadores, en distintos momentos de la historia, no considera, sin embargo, aceptable hacer abstracción de la condición intelectual extrayéndola de su entorno social y temporal (4).

En el caso gallego aludido, situaremos al grupo intelectual en las siguientes coordenadas: Galicia, como país que forma parte del Estado español, durante el primer tercio del siglo actual. Y, por intelectuales, se ha de entender aquellos individuos que elaboran y difunden saber y conocimientos; sin incluir, por tanto, dentro de esta categorización, a aquellos profesionales —universitarios o no— que no cumplen la función enunciada (5).

(2) A. GRAMSCI: *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Roma, 1971, págs. 16-17.

(3) L. BODIN: *Les intellectuels*, París, 1962, pág. 17.

(4) Son muy conocidas las formulaciones de W. Mills, T. Bottomore, W. Sombart, O. Stammer, G. D. H. Cole, etc. en tal sentido.

(5) J. F. MARSAL en *Los intelectuales políticos*, Madrid, 1971, enuncia una com-

Pero Galicia, no obstante su especificidad, resultaba afectada en esa época por una serie de factores que influían en el comportamiento de buena parte de la intelectualidad española. Antes, por tanto, de entrar en el análisis de la especificidad parece oportuno referirse, siquiera someramente, al comportamiento del poder con respecto a buena parte de la intelectualidad española y a sus mutuas relaciones. Tales relaciones, a menudo conflictivas, lo serían todavía más en la época de que aquí se trata. Los gobernantes, con frecuencia, sienten la necesidad legitimadora y funcional de los intelectuales, pero pocas veces se muestran dispuestos a compartir el poder con ellos y muchas menos a aceptar de buen grado sus críticas. Los consejeros privados, la «Curia» y otros cuerpos consultivos de los príncipes, dedicados a la política de un modo no profesional, conocieron una disminución paulatina de su importancia con la exigencia, en el Estado moderno, de una mayor profesionalización y dedicación políticas (6).

INTELLECTUALES Y RESTAURACION

Durante el reinado de Alfonso XIII, la escasa afición a la cultura y a las letras del monarca, mucho más próximo al flamenquismo, la cinegética, los toros o el deporte, habría de contribuir a aumentar el progresivo distanciamiento de la intelectualidad española de los círculos de poder político y social. Los intelectuales que en la primera mitad del siglo XIX (utilizando la terminología paretiana, sin que ello signifique aceptar el modelo) formaban parte de las «élites estratégicas» pasarían a desempeñar un rol de «élites potenciales» integrando las filas de una clase política con expectativas de poder sistemáticamente insatisfechas.

Esa progresiva pérdida de influencia social y de prestigio por parte de un sector de la intelectualidad a partir de la Restauración borbónica, se intensifica con suma rapidez con la llegada y la afirmación en el poder del general Primo de Rivera. En este sentido, se ha insistido repetidamente acerca del decisivo papel que los intelectuales jugarían en el derrocamiento de la dictadura y la posterior instalación del régimen republicano (la «república de los intelectuales»).

El desarrollo económico conseguido durante la Restauración —dice Becarud— merced, entre otras razones, al aumento de la producción triguera

pleja tipología de los individuos considerados intelectuales o que desempeñan la función social de tales, clasificación que aquí se considera demasiado extensiva para la finalidad pretendida.

(6) M. WEBER: *El sabio y la política*, Córdoba (Argentina), 1967, pág. 47.

efecto de la desamortización, la entrada de inversiones extranjeras y la repatriación de capitales coloniales, provocó, al margen de otros factores, dos que hacen referencia al tema tratado:

1) El incremento del desarrollo urbano y su consecuente aumento de necesidades en materias como enseñanza, bibliotecas, información, cultura y arte, etc.

2) La ampliación del sector público que, sin embargo, no fue penetrado masivamente por los intelectuales ni en la diplomacia, ni en la enseñanza, menos aún en la administración y en los cargos de carácter político de donde no se consiguió desplazar a los empleados incondicionales de la Iglesia y de los partidos turnantes (7).

Estos dos efectos, aumento del número de intelectuales y frustración de sus expectativas, harían que el enfrentamiento y desconfianza mutuas que venían gestándose desde años atrás se expresara cada vez con mayor frecuencia en manifiestos, banquetes, campañas de prensa, etc. El punto de arranque en la institucionalización de ese enfrentamiento se ha considerado fueron los hechos de la Semana Trágica. Y, en este sentido, la actuación del poder en Barcelona provocó un movimiento similar al que en Francia había desencadenado *l'affaire Dreyffuss*, momento en el que aparece por primera vez, en el diario «L'Aurore», días antes del famoso *J'accuse* de Zola, el titulado *Manifiesto de los intelectuales*, que tanta repercusión tendría (8). *L'affaire Dreyffuss* y los sucesos de la Semana Trágica tendrían, de este modo, en lo relacionado con el enfrentamiento poder-intelectualidad, un efecto similar al que provocaría, años después, en los Estados Unidos, la escalada en la guerra vietnamita (9). Hay que hacer notar, no obstante, que en cualquiera de los tres casos citados, al referirse a los intelectuales, no se suele incluir entre ellos, absurdamente, a aquellos sectores que o bien apoyan al sistema o bien permanecían alejados de toda actitud política.

A partir, pues, de la Semana Trágica una serie de escritores españoles comienza a referirse a los «intelectuales» como un grupo social, real y vocacionalmente minoritario, cuya presencia y actividad se desea hacer sentir. Esta actitud iría poco a poco incrementándose con la labor de los miembros

(7) J. BECARUD y E. LÓPEZ CAMPILLO: *Los intelectuales españoles durante la II República*, Madrid, 1978, pág. 6. (Estos autores elijen como campo de estudio únicamente la intelectualidad madrileña.)

(8) E. INMAN FOX: *El año de 1898 y el origen de los «intelectuales»*, y J. MARCHAL: *La generación de los «intelectuales» y la política*, ambos en el volumen colectivo editado en memoria de R. Pérez de la Dehesa, bajo el título de *La crisis de fin de siglo: ideología y literatura*, Barcelona, 1974, págs. 17 a 23 y 24 a 41, respectivamente.

(9) N. CHOMSKY: *American Power and the new mandarins*, Nueva York, 1968.

de la Institución, los escritos de Costa y, posteriormente, Ortega, Azaña y los componentes de la Liga de Educación Política (10), hasta que el deseo de intervención política de la intelectualidad se generaliza y extiende.

Los conflictos que todos estos grupos tendrían con el sistema de la Restauración y la dictadura de Primo de Rivera son sobradamente conocidos, así como el continuo enfrentamiento que provocó frecuentes notas oficiosas, multas y confinamientos e incluso el propio cierre del Ateneo madrileño, símbolo, en aquel entonces, de la resistencia intelectual frente a la actuación gubernamental (11). Esta política represiva y censorial conseguiría cohesionar a una serie de grupos heterogéneos que, de este modo, comenzaron a reaccionar corporativamente ante lo que consideraban un atentado a su libertad intelectual (12), si bien, tras esa reacción, se escondía un conflicto de intereses y de cosmovisiones mucho más profundo.

Y así ocurrió también en Galicia. Basta con repasar las colecciones de publicaciones galleguistas desde la llegada al poder de Primo de Rivera para comprender el rigor de la represión intelectual. Los espacios en blanco, las páginas enteras con la leyenda de «visado por la censura» afectan a todo tipo de trabajos. No era preciso escribir de política o de la actualidad. Los artículos sobre arte, literatura, folklore, etc., aparecen también mutilados.

Porque en el caso gallego —al igual que en otras nacionalidades— al general enfrentamiento intelectuales-dictadura se sumaba, sobreponiéndose, el conflicto centralismo-regionalismo. Primo se mostró como un ardiente defensor del ordenamiento administrativo napoleónico. Impregnado de unos criterios ideológicos muy frecuentes entre los sectores militar-conservadores y respondiendo no sólo a ellos sino a los intereses que defendían, interpretaba cualquier manifestación regionalista como una amenaza para la unidad del Estado.

El rechazo de la dictadura y de su sistema de control y represión cultural conducirían, de este modo, a la acción política a muchos intelectuales y, en el caso de las nacionalidades, las filas regionalistas incrementaron sus porcentajes de hombres de letras.

En Galicia, en plena agonía de la dictadura, al referirse a la necesidad de la acción política e indicar quienes la hacen se menciona principalmente a intelectuales: «Por eso todos los gallegos de hoy día con conciencia de galle-

(10) M. TUÑÓN DE LARA: *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, 3.ª ed., Madrid, 1973, *passim*.

(11) A. RUIZ SALVADOR: *Ateneo, Dictadura y República*, Valencia, 1976.

(12) G. DÍAZ PLAJA: *El intelectual y su libertad*, Madrid, 1972.

guidad, literatos, artistas, arqueólogos, científicos, investigadores de todas clases, somos políticos» (13).

Lo que no se había conseguido con las campañas de búsqueda y captación de adeptos, se logró como reacción solidaria corporativa frente a una persecución arbitraria e innecesaria. Así fue como muchos intelectuales que formaban parte de las vanguardias culturales y estéticas comenzaron a iniciar su actividad política: de la literatura de evasión se pasó a la literatura de testimonio.

EL INTELLECTUAL RURAL GALLEGO

Pero el grupo que fundó y desarrolló las *Irmandades da Fala* a partir de 1916 tiene, además, unas peculiaridades características. Pese a que, en su mayor parte, vive en las ciudades, de hecho, dado el exiguo tamaño de las urbes gallegas y la estrecha relación con el campo que las circunda, parece conveniente considerarlos como intelectuales de tipo rural. No es, pues, como tradicionalmente se ha venido considerando, un sector de la pequeña-burguesía-urbana y sus rasgos más destacados, por esta razón también, difieren sustancialmente de los de sus colegas madrileños, bilbaínos o barceloneses.

Esta división entre intelectual rural e intelectual urbano, su diferente función social y la diversidad de sus roles, había sido ya matizada por Gramsci del siguiente modo: «Gli intellettuali de tipo rurale sono in gran parte "tradizionale", cioè legati alla massa sociale compagnola e piccolo borghese di città (specialmente di centri minori) non ancora elaborata e messa in movimento dal sistema capitalistico» (14).

Tal tipo de intelectual rural, que sirve de mediador entre los campesinos y las instancias de la administración estatal o local, proporciona un nuevo ángulo de enfoque para comprender muchos de los comportamientos y actitudes de los componentes más destacados de las *Irmandades*. La complejidad de la relación campesino-intelectual está determinada por una intrincada red de elementos en la que se entremezclan las relaciones de dependencia con los factores de admiración-rechazo generando reacciones muy diversas. El campesino necesita y requiere la mediación administrativa del intelectual, pero, en estas zonas con gran influencia y tradición caciquil, no admite, automáticamente, la transformación de esa relación en una mediación estrictamente política.

El campesino, pese a la tarea explícita del intelectual y su eventual en-

(13) V. RISCO: *El problema político de Galicia*, Madrid, 1930, pág. 29.

(14) A. GRAMSCI, *ob. cit.*, pág. 23.

frentamiento con el gobierno, ve en él muchos de los rasgos externos de un representante del poder: comprueba que disfruta de un mayor nivel de vida que el suyo propio, que tiene acceso a determinados ámbitos de la administración, domina el lenguaje de la misma y dispone de cierta notoriedad. Esa simplificada pero comprensible visión le proporciona un contradictorio sentimiento, en donde la gratitud por la tarea mediadora se entremezcla con la envidia, el odio, la subordinación e incluso, en ocasiones, el desprecio (15). En muchas ocasiones el intelectual tiene para el campesino algo de zángano social, consideración que, en este tipo de sociedades en donde la religión juega un importante papel, no tiene, en cambio, el sacerdote.

Tal compleja gama de actitudes, si bien permite la mediación formal, dificulta extraordinariamente el liderazgo real a que el intelectual gallego aspira. La relación campesino-intelectual rural cobra, de este modo, un signo diferente a la del proletario industrial-intelectual urbano y de ahí que el criterio que Mosca o Pareto daban al concepto de élite no pueda ser aplicado estrictamente a los miembros de las *Irmandades*, si bien puede ser utilizado en lo que respecta a su tarea difusora de la ideología nacionalista (16).

La confusión entre ambos roles viene motivada también parcialmente por la propia autodefinición de muchos de los componentes de esa élite. El crecimiento del nacionalismo, en cualquiera de los pueblos, territorios (naciones o no) en que el mismo ha surgido, ha sido estudiado también como una resolución de las crisis de la *intelligentzia*, pero el nacionalismo no es simplemente un movimiento de la *intelligentza* ni las *intellegentzias* deben confundirse con los «intelectuales» (17).

Las ideas de Renan (18) que, en cierto modo, prefiguran teoría mucho más elaboradas por Pareto, Michels o Mosca (19) tuvieron también una gran influencia en el nacionalismo gallego de la época citada. Tales criterios, combinados con la enorme difusión que previamente habían tenido buena parte de los expresados por Nietzsche, llevarían a afirmaciones del tenor de la siguiente:

(15) *Ibidem*.

(16) G. GURVITCH: *Teoría de las clases sociales*, Madrid, 1971, pág. 175.

(17) A. D. SMITH: *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, 1976, pág. 194, estudia este problema con detalle

(18) Véase el prólogo de R. Fernández Carvajal a su edición de E. RENAN: *¿Qué es una nación?*, Madrid, 1957.

(19) P. DE VEGA: *Gaetano Mosca y el problema de la responsabilidad moral del intelectual*, en «Boletín Informativo de Ciencia Política», núm. 7, 1971.

«Que somos poucos. Xa seremos mais. O noso número exíguo dícenos d'abondo. Si fóramos moitos cecais non latexase en nos a fé que nos enorgule. Con Renan creemos qu'as grandes cousas d'un pobo adoita a facelas pol-o comun a minoría» (20).

Estas ideas, repetidas una y otra vez a lo largo de los principales escritos nacionalistas, comunes a las de otros movimientos similares de toda Europa, manifestaban que los intelectuales gallegos eran conscientes del escaso eco que sus doctrinas encontraban entre el campesino que constituía su público mayoritario y al que, desde luego, ellos dirigían su doctrina. Pero había que mantener el optimismo:

«Ademais chega ben que nos, a élite nacionalista, minoría intelectual chea do espírito do seu tempo e levando nas maus a chave do mañán, teñamos esa vontade pra creal-a en todol-os demais» (21).

Esa función social de «adelantados», de individuos dotados de una especial sensibilidad para captar las corrientes ideológicas de una época, creencia muy extendida en buena parte de las élites intelectuales con acción política (22), era, de este modo, justificación optimista.

Sin embargo, tal defensa no era exclusivamente, como pudiera ser interpretada, una orgullosa respuesta ante la evidencia —no siempre grata— de su exigüidad numérica, sino que constituía parte de la profunda convicción relacionada con una creencia (similar a la manifestada por Pareto, Mosca o Schumpeter) acerca de la incapacidad de las masas para autogobernarse, su escaso deseo de hacerlo y su ignorancia con respecto a lo que verdaderamente le conviene. Esta desconfianza, expresada con claridad y sin ambages, puede encontrarse en buena parte de los escritos nacionalistas del periodo. Así, por ejemplo, cuando se dice:

«A masa é de cote neutra e inerte e vai pra onde a levan. Cando non esta mixtificada ou engayolada pol a caterva dos demagogos iñorantes de total-as bandas, pódese agardar moito de ela; mais as masas modernas, incluso na nosa terra, están todas mixtificadas.

Os movementos nacionalistas, comaliás todol-os movementos políticos e culturais, prodúcese de cote n'unha élite espiritual» (23).

(20) V. RISCO: *Verbas acesas*, en «A Nosa Terra», núm. 88, 5 mayo 1919.

(21) V. RISCO: *Teoría do nacionalismo galego*, Orense, 1920, pág. 29.

(22) P. LUCAS VERDÚ: *Política e intelixencia*, Madrid, 1972, *passim*.

(23) V. RISCO: *A ideoloxía do nacionalismo esposta en esquema*, en «Celtiga», año VIII, núm. 154, Buenos Aires, 25 mayo 1931.

Y estos intelectuales, al aceptar formar parte de esa élite y destacar la importancia de su función alumbradora, asignan a la misma y en cierta correlación con ella, una serie de cualidades mesiánicas fuertemente impregnadas de los caracteres religiosos propios de una particular visión del mundo y próximos a los de Wronski, Cieskowski y Mickiewicz, los fundadores del *Mesianismo polaco* (24).

Mesianismo que, de todos modos, confiaba más en la tarea redentora de una minoría que no en un «cirujano de hierro» tal como lo expresaba Costa. El papel de portavoces del nacionalismo como ideología de persistencia frente a la ideología de modernización, agudizaba, por su parte, la nostalgia semiarcádica frecuente en sus escritos.

En buena parte de estos intelectuales se había producido un parcial proceso de desruralización que ellos repudiaban. Individual o familiarmente, ellos mismos o su anterior generación familiar, Viqueira, Castelao, Risco, Otero Pedrayo, Cabanillas, etc., se habían instalado preferentemente en la ciudad. Bien es cierto que los lazos se mantenían estrechamente: en cada regreso de sus universidades europeas Viqueira volvía a Betanzos; Otero Pedrayo y Risco, pese a haber nacido en Orense, pasaban largas temporadas en Trasalba o Trives, lugares de origen familiar, respectivamente; la vinculación con Rianxo de Castelao es hoy suficientemente conocida (25) y otro tanto se puede decir de buena parte de los intelectuales gallegos de que aquí se trata. Pero incluso manteniendo esa vinculación ellos sentían la mala conciencia por esa desruralización relativa. Hay una conciencia de pecado y se entiende que debe haber una culpa. Tal sentimiento se advierte no sólo en los escritos políticos sino también con mucha frecuencia en la literatura. Así Risco en *A Coutada*, Otero Pedrayo en *Arredor de sí* o Castelao en muchos de los pequeños relatos que se incluyen en el volumen de *Cousas* expresaran intensamente ese sentimiento. El sentimiento de la tierra (26) perdida y que había que recuperar (27).

(24) V. RISCO: *Nacionalismo galego*, en «Alento», núm. 6, Nadal, 1934, pág. 135.

(25) J. A. DURÁN: *El primer Castelao. Biografía y antología rotas (1910-1916)*, Madrid, 1972, e *Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana. (Rianxo, 1910-1914)*, Madrid, 1972.

(26) *O sentimento da terra na raza galega* se titula precisamente el artículo que Risco publica en el primer número de la revista «Nos» por el dirigida.

(27) R. ROCKER: *Nacionalismo y cultura*, Madrid, 1977, caps. I y VIII del libro segundo, critica agudamente este falso sentimiento.

